SOBRE EL PATRIMONIO CULTURAL PUERTORRIQUEÑO

ROBERTO GÁNDARA SÁNCHEZ
ALFREDO MATILLA RIVAS*

EN este caso quisiéramos hacer un breve recuento expositivo de lo que consideramos los tres puntos de vista más importantes del puertorriqueño actual en cuanto al problema del patrimonio cultural se refiere.

El primer punto de partida es el de los que quieren confesar agradecidamente la experiencia del pasado y miran sin excesiva complacencia las conquistas materiales del presente. Estos creen de buena fe que lo puertorriqueño se sitúa en el pretérito, en el legado de tradiciones religiosas y culturales españolas. La búsqueda del tiempo pasado los ha llevado a resaltar sus aspectos positivos: la lengua castellana, los monumentos arquitectónicos de la primera colonia, y a la vez los ha hecho idealizar ese elemento sociológico cultural alusivo, el "jíbaro", a quien atribuyen los más altos valores de lo que consideran "hispanidad", y a reconocer lo indígena como parte entrañable de nuestra base histórica. Los que así piensan parten de estos fundamentos históricos perpetuándolos en el presente a través del arte, lengua, religión, tabúes, etc., pero sin profundizar en su sentido dialéctico. A este punto de vista lo clasificamos de conservador.

El segundo enfoque es el de aquellos que opinan que la tradición puertorriqueña, o el conjunto de elementos culturales que dan forma al ser puertorriqueño, puede ser eternizada en esencia: idiosincracias, lenguaje más o menos híbrido y arte, por ejemplo, pero que en aras del progreso material están dispuestos a sacrificar parte de la gravitación indio hispánica de su cultura. A éste, llamémosle liberal.

El tercero se centra en la idea de que Puerto Rico forma parte del tercer mundo, ese conglomerado de naciones que, como se ha

* Profesores de la Universidad de Puerto Rico.

dicho ya, han sido objeto, y no sujeto, de la historia. Creen los que se adscriben a esta interpretación de la realidad que la solución al problema de Puerto Rico como nación, es decir, como pueblo, yace en un proceso revolucionario que sea espejo y eco a la vez de los movimientos de liberación de los países oprimidos. Este punto de partida, claro está, es el revolucionario.

Tratemos ahora de abundar un poco en estos tres conceptos: el conservador, el liberal y el revolucionario.

Evidentemente, aquellos que quieren salvar el pasado por encima de todo se olvidan del tremendo e irreversible cambio económico y político que ha sufrido el pueblo de Puerto Rico. En específico: el paso de una sociedad agrícola a una semi-industrial urbana; las enormes emigraciones de puertorriqueños hacia los centros más importantes de la metrópolis, el regreso de dichas masas al país y lo que traen consigo; la inclusión, cada vez más patente, de conceptos, palabras, violentación de sintaxis, y otras, del inglés al español; el cambio algo más que aparente, pero de modo alguno radical, de un estado colonial explícito a un intento de sublimación de la dependencia política, económica y militar; además, el hecho de que el puertorriqueño ha sido, por setenta y un años, objeto de una manera impuesta desde afuera de concebir la democracia, libertad, y la búsqueda de la felicidad dentro de una sociedad estructurada en el cambio. Estas realidades ya son parte de nuestro patrimonio cultural tanto como puede serlo la plena, el cemí taíno y San Felipe del Morro. No se trata aquí de juicios valorativos; no es que dichas realidades deban preferirse a las que los defensores de la hispanidad nos presentan como eternas. Pero sí hay que tenerlas en cuenta, hay que contar con ellas, partir de ellas, para intentar cualquier análisis de nuestra situación. Querer esencializar el pasado en una serie de manifestaciones artísticas y culturales que no estén radicadas en el presente es una de las maneras más efectivas de perpetuar la inmovilidad y la forma más aguda de evasión.

Pasemos a ver la posición que hemos denominado "liberal". Como decimos arriba, los liberales creen que la esencia de lo puertorriqueño puede ser eternizada a pesar de los cambios históricos por los que ha pasado el país. Para ellos, la puertorriqueñidad está completa. No importa, por tanto, que nos anexemos permanentemente a los Estados Unidos de Norteamérica, ni que nos mantengamos en esta especie de círculo sin bordes donde nos hallamos ahora. No importa, dicen ellos, porque ya estamos formados. Para este grupo, que ya ha decidido la trayectoria del pasado, lo que tiene mayor relevancia en el presente es el logro del bienestar material a manera de se-

cuela de la sociedad madre, o, más bien, madrastra: la democracia entendida como un sistema donde se protegen intereses —eufemísticamente llamados derechos individuales—, donde se inmoviliza el sistema de clases y donde, al mismo tiempo, se da la ilusión necesaria a toda conciencia liberal de que las cosas puedan *evolucionar* hacia una distribución más justa de la riqueza y de la tierra. Es importante entender que el liberal que admite la estadidad y el Estado Libre Asociado lo hace así en vista de conveniencias materiales más bien que en términos de enriquecimiento espiritual, pues ha elegido, dentro de las posibilidades que se le presentan al ser humano, la consecución y el mantenimiento de la sociedad de cambio, según explica el término Lucien Goldmann.[1]

Ahora bien, si el deseo de buscar la clave de nuestra identidad en el pasado hispánico, como lo hace el conservador, responde a un rechazo valorativo del orden actual, resulta entonces paradójico encontrar que el segundo sector, el liberal, que como hemos visto encarna la idea de la continuidad del *status quo*, también pretende participar de la misma puertorriqueñidad. Esto es porque ambos tienen algo en común: el ideal del estatus no va más allá de una soberanía cuantitativa. El diálogo entre ellos resulta, por consiguiente, inútil, pues en vez de ser analítico, crítico, adquiere un carácter especulativo y limitado al asunto del estatus. Es decir, los que se adscriben a la independencia política especulan que la perpetuación de la colonia logrará destruir nuestro ser colectivo, nuestro patrimonio cultural; los otros, los que admiten la estadidad o el Estado Libre Asociado, especulan que continuar la asociación con los Estados Unidos de Norteamérica nos afectará en muchos modos, pero que nuestra identidad permanecerá encerrada en la fortaleza inexpugnable de su definición.

Este fenómeno se entiende con claridad si tenemos en cuenta que tanto el conservador como el liberal comparten un fondo ideológico común. Ambas tesis son, para ser precisos, esencialistas. Se quiere decir con esto que la noción que les presta sentido a ambos por igual

---

[1] Para Goldmann, el renacimiento marca el paso decisivo para la historia contemporánea, del *valor de uso* al *valor de cambio*. En una sociedad donde el valor imperante, el logro de ideas espirituales, sea la meta, los objetos funcionan como valores de uso; es decir: tienen una esencia subordinada a los ideales más altos del hombre y son las necesidades básicas mediante las cuales el ser humano logra subsistir para poder alcanzar el fin último. En la sociedad de cambio, por el contrario, los objetos se convierten en meta y, por consiguiente, no sólo se pierde el valor espiritual, sino que al pasar a ser el punto más alto de nuestros deseos, los objetos terminan dominando al hombre y éste entonces se dedica (contradictoriamente, problemáticamente, en el caso del gran artista o del intelectual veraz) a acumularlos hasta perder su dignidad humana en una trasposición artificial de valorse. *Cfr: Para una sociología de la novela*, trad. de J. Ballesteros y G. Ortiz, Madrid, Ciencia Nueva, 1967; "Problemas de una sociología novelística", *Revista de Bellas Artes* (México), nº 14, marzo-abril, 1967, pp. 69-78 (trad. de Rita Murúa).

consiste en enfocar al pueblo puertorriqueño como una entidad ya hecha, como algo dotado de un ser peculiar que se fue haciendo en virtud de un proceso histórico pero que ya logró su culminación ontológica y estructural. Es como una persona cuya biografía no alcanza nunca a alterar la identidad que se le atribuye al nacer. Traducido a términos de estatus: para el que acepta la asociación, esta es sólo otro capítulo de esa biografía; para el concervador, esa persona agoniza y únicamente el antídoto de la independencia podrá curarla del virus mortal de la transculturación.

La posición revolucionaria se centra alrededor del hecho de que Puerto Rico es parte de una comunidad hispanoamericana, una comunidad que, salvo Cuba, sigue sujeta a la órbita económica de los Estados Unidos de Norteamérica. El patrimonio cultural puertorriqueño, para este grupo, está en vías de completarse en una dialéctica histórica incesante. No se trata aquí de salvar el pasado, ni de asegurarse, antes de emprender una acción definitiva, de que ese pasado se encuentre ya esencializado en nuestra manera de ser, sino de trazar un porvenir, insularista sólo en tanto en cuanto tome una forma particular en Puerto Rico, pero universal en el sentido de que pertenezca al grupo de naciones tan acertadamente llamadas del "tercer mundo". Aquí no hay encuentro entre tradición y revolución porque, según la visión dialéctica que da fundamento a esta posición, la revolución rescata, recupera, re-evoluciona, los valores positivos del pasado que en la sociedad distorsionada en que vivimos parecen anquilosados.

Los que se arriman a la tercera posición consideran peligrosas las maneras conservadora y liberal. Peligrosas porque concebir el patrimonio cultural como entidad mística respecto a la cual tenemos que ligarnos con una lealtad incondicional, solamente puede llevarnos a la pasividad colectiva; o mejor dicho, a perpetuar la pasividad tradicional del pueblo puertorriqueño. La pasividad, en este contexto, no se debe confundir con la contemplación o la introspección. Éstas, en cuanto parten de una crítica a la acción, a la excesiva valoración de lo material, son auténticas expresiones humanas; pueden constituir un quehacer, una apertura hacia el entendimiento, hacia una lúcida conciencia histórica. La pasividad, tal como es concebida aquí, es una evasión de la conciencia histórica, una negación del presente. No es un quehacer porque, como ya hemos dicho, para los dos primeros grupos el puertorriqueño está completo. Para el revolucionario, por el contrario, aquél no tiene una identidad finita: hay que conquistarla y se encuentra en el término de la lucha de clases, dándole sentido al proceso de manera retroactiva. Lo que somos, más que nada, es una serie de posibilidades. El propósito revolucionario es que

Puerto Rico se transforme en sujeto histórico que instrumente su propio destino. Para lograrlo tenemos que entender nuestro pasado, no para reflejarnos ciegamente en él, sino para alcanzar una verdadera emancipación. Si bien España nos legó una lengua y unos valores universales, también nos dotó de un sistema social jerárquico constituido por estructuras políticas y económicas no menos explotativas e inhumanas que las del imperialismo moderno. De la misma manera, si fue durante la dominación de los anglo-americanos que brotó en Puerto Rico la revuelta a medias contra la pobreza, es igualmente atribuible a ella la valoración excesiva del progreso material, la violencia, la agresividad sistemática o, para llamarle por su nombre, la irracionalidad que ha llegado a caracterizar a nuestra sociedad contemporánea. Pero es aún más importante recordar que, en esencia, nuestro patrimonio cultural es colonial, mimético y, por lo tanto, desprovisto de originalidad: un conglomerado de modelos traídos desde afuera.

Los comentarios de un reciente visitante a nuestro país, el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy, se ajustan a lo que hemos tratado de describir como el punto de partida revolucionario: "Sobre el fondo de una tradición indígena milenaria en que vino a insertarse el aporte ibérico y luego los otros aportes europeos, africanos y asiáticos, el hombre latinoamericano de hoy es un hombre típico del tercer mundo, es decir, un marginal de la historia. Allí está también su angustia mayor, la de sentirse dominado y por ello despersonalizado y pugnar por encontrar un camino a su realización."[2] Luego añade: "Los hombres de las grandes potencias industriales, de la metrópolis desarrollada, tienen la conciencia y la cultura del dominador, deciden la historia y le marcan su centro. Nosotros, mientras tanto, mientras no nos liberemos, hacemos una vida ancilar." *(loc. cit.)*.

El revolucionario, para concluir, rechaza la redención del pasado y las premisas del pensamiento liberal. Lo que nos toca, dicen, es realizar la posibilidad que nos constituye, crear un hombre nuevo que se refleje en su aporte a la vida común, en el cumplimiento de su deber social. Sólo de esta manera, añaden, se podrá lograr una verdadera liberación colectiva que nos permita buscar una solución adecuada a las exigencias presentes, y que le dé sentido y forma profundas al patrimonio cultural puertorriqueño.

---

[2] Entrevista de Bartolomé Brignomi publicada en *El Mundo,* 12 de marzo, 1969.